

Últimas etapas del leninismo

Melvin Croan

El mercado estancamiento

económico constituye la principal fuente de problemas de la Unión Soviética y cualquier intento de solución le plantea a sus gobernantes el gran desafío del cambio. Pero, ¿es "modernizable" el credo autoritario del leninismo o está el país condenado a la inmovilidad? Frente al avance arrollador de las innovaciones tecnológicas y de la "Tercera Revolución Industrial", ¿bastarán algunas reformas moderadas para evitar una eventual crisis de legitimidad o, inclusive, de supervivencia del sistema? ¿Estará próximo a agotarse el papel histórico del leninismo en el panorama soviético o seguirán triunfando los privilegios e intereses particulares de la arraigada burocracia administrativa? Con base en varios libros de reciente publicación, todos de alguna manera relativos a este desafío del cambio, el autor de este estudio analiza estos y otros interrogantes esenciales.

* * *

UN VIEJO ADAGIO DICE que quien es incapaz de cambiar carece de los medios para su autoconservación. Esta máxima se aplica no sólo a los individuos, sino también a los países. La Unión Soviética se encuentra hoy ante una encrucijada en la cual la supervivencia misma de su sistema puede estar en peligro, porque los líderes más recientes no han logrado lidiar con el problema más fundamental que ese país encara: el desafío del cambio. ¿Podrá Mikhail Gorbachëv colocar a la URSS en el sendero del cambio? ¿Qué tan lejos logrará llegar el país ante sus formidables obstáculos institucionales e ideológicos?

Los volúmenes aquí reseñados abordan muy distintos aspectos de la experiencia soviética. Sin embargo, todos ellos pueden leerse sin perder de vista el acertijo del cambio. Además, en una forma o en otra cada uno de los estudios introduce la interrogante crucial del futuro del marxismo-leninismo —la estrella polar ideológica del sistema— o, si hemos de hacer énfasis donde corresponde, del futuro del leninismo.

* * *

ALAIN BESANCON, ESPECIALISTA FRANCÉS en historia de Rusia, considera al leninismo prácticamente como un sinónimo del sistema soviético y como una amalgama de filosofía corrupta y religión envilecida, que ahora se ha

III TRIMESTRE 1986

vinculado permanentemente con el coloso del poder que lo ha invocado. Pese a que dedica muchos capítulos de su obra *The Rise of the Gulag*¹ a desenterrar las raíces rusas del leninismo, Besancon insiste en que éste debe ser entendido como una ideología milenaria cuyos orígenes pueden remontarse al gnosticismo y al maniqueísmo y cuyas pretensiones siguen siendo auténticamente universalistas. Comparando el desarrollo de la ideología con las distintas etapas de crecimiento de los parásitos, el autor presenta al leninismo como la excrecencia de un ciclo francés rudimentario y de un ciclo alemán más desarrollado, el cual incluyó mutaciones sucesivas de hegelianismo por Marx y Engels. Para él, el leninismo es la mutación final de todos sus antecedentes y constituye una ideología completa en sí misma. La inferencia clara es que el leninismo, como ideología, tiene poco en común con las tradiciones nacionales rusas. Sin embargo arraigó porque la "sociedad civil de Rusia padecía una debilidad congénita en relación con el estado", según lo escribe Besancon, y porque no era suficientemente variada, vigorosa y diversificada "para combatir y eliminar" esta ideología tal como sucedió en Francia y Alemania. Para Besancon, esto explica por qué "ni en Francia ni en Alemania pudo establecerse una ideología tan simple, tan completa, tan fortalecida y organizada como la ideología rusa" (pp. 105-104). La opinión de Besancon acerca del leninismo como algo ajeno a las tradiciones nacionales rusas es similar a la de Alexander Solzhenitsyn, a quien Besancon admira como un caso ejemplar de paladín de la virtud de la verdad pura que, según cree firmemente éste, tendrá al final que prevalecer sobre la falsedad ideológica.

Según Besancon, el leninismo impera actualmente, pero no porque transmita una convicción, sino porque manifiesta poder. Ese autor lo expresa así: " Toda la realidad de la ideología se concentra en el ejercicio del poder" (p. 289). Sin embargo, precisamente porque esto es cierto en relación con el leninismo, el sistema soviético es incapaz de cambiar y, según la conclusión de Besancon, está condenado a la inmovilidad y destinado a ser arrasado por una realidad evolutiva que el leninismo no puede ni siquiera empezar a comprender.

* * *

EN MUCHOS ASPECTOS, la exposición que hace Besancon del leninismo como una ideología entremezclada con el poder, no puede menos que recordarnos el estudio clásico de Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (El origen del totalitarismo), una auténtica proeza donde la búsqueda y el ejercicio de un poder ilimitado se relacionan con consideraciones de historia intelectual, decadencia social, dislocación económica y, sobre todo, una sociología política anormal. Arendt sostuvo que la "esencia" del totalitarismo es el terror, prefigurado por la insaciable compulsión de imponer el mundo ficticio de la ideología sobre una realidad recalitrante. La obra de

1/ Alain Besancon. *The Rise of the Gulag: Intellectual Origins of Leninism* (El ascenso del Gulag: origen intelectual del leninismo). Nueva York, The Continuum Publishing Corporation, 1981.

esa autora —de hecho, la idea del totalitarismo en sí— fue objeto de muchas críticas de diversos sectores. Muchos especialistas en ciencias políticas y algunos historiadores sostuvieron que las teorías del totalitarismo no podían volverse "operacionales" y que, en lugar de aclarar, sólo servirían para oscurecer las verdaderas experiencias de los regímenes que dichas teorías pretendían explicar. Lo que los críticos pasaron por alto fue que el concepto de totalitarismo representaba menos un instrumento para el microanálisis empírico y más una expresión de preocupación moral dentro de la gran tradición de la filosofía política.

Este y muchos otros puntos importantes son analizados convincentemente por Pierre Hassner, en su esclarecedora aportación ("El totalitarismo visto desde Occidente") al volumen sobre los "totalitarismos" (obsérvese el plural), compilado por Guy Hermet². La publicación de este libro en París, en una época en que las controversias en torno al concepto del totalitarismo están muy lejos de haberse extinguido en el mundo anglosajón³, es un hecho notable en sí mismo, como manifestación del viraje espectacular de las actitudes intelectuales de la izquierda al apartarse de su encantamiento anterior con el socialismo al estilo soviético. Por todo esto es aún más lamentable que el capítulo sobre la Unión Soviética escrito por Aleksander Smolar, no haya sido capaz de responder la interrogante, "¿transformación o degeneración?", planteada en su título⁴. Sin embargo, en general, el volumen mantiene un nivel de análisis bastante elevado; además de la excelente introducción de Hassner y de dos epílogos breves pero reflexivos, escritos por Juan Linz y Richard Lowenthal (dos estudiosos no franceses del tema), se debe hacer una mención especial a la aportación de Pierre Manent, "El totalitarismo y el problema de la representación política". En su exploración de la teoría política de la representación, en términos de la relación entre la sociedad civil y el estado, la rica exposición dialéctica de Manent le imparte verdadera profundidad filosófica al tema de la absorción de la sociedad civil por el estado, el cual, según la mayoría de las personas que colaboraron en este libro, constituye la marca distintiva del totalitarismo.

* * *

EN SU LIBRO *THE SOVIET PARTY-STATE*⁵, Carl Linden, quien anteriormente propuso un "modelo de conflicto" de la política soviética, en lugar

2/ Guy Hermet, Comp. *Totalitarismes* (Totalitarismos). Paris, Économica, 1984.

3/ Para una exposición reciente de estas controversias, véase Walter Laqueur, "¿Existe ahora o ha existido alguna vez algo que pudiera llamarse totalitarismo?" *Commentary* (Nueva York), octubre 1985, págs. 29-35.

4/ Los lectores asiduos de esta publicación reconocerán que el título fue tomado de un artículo de Zbigniew Brzezinski, "El sistema político soviético: ¿transformación o degeneración?", *Problems of Communism* (Washington, DC), enero-febrero, 1966. El ensayo de Brzezinski fue reproducido junto con los comentarios que suscitó en Zbigniew Brzezinski, Comp., *Dilemmas of Change in Soviet Politics* (Dilemas del cambio en la política soviética). Nueva York, Columbia University Press, 1969.

5/ Carl A. Linden. *The Soviet Party-State: The politics of Ideocratic Despotism* (El partido-estado soviético: política del despotismo ideocrático). Nueva York, Praeger Publishers, 1983.

del enfoque totalitario⁶, regresa a la palestra con el concepto del “despotismo ideocrático”. Tomado de Nicholas Berdayev (con el debido reconocimiento), el término “ideocrático” intenta expresar la primacía de la ideología, “una analogía secular con la teocracia, por su estrecha adhesión a ideas tales como el dogma y el poder” (p. xii). En la exposición que presenta después, Linden subraya la aportación leninista, pero considera también que el marxismo original debe considerarse como “un ingrediente activo, no inerte, de la química política que produjo al primer estado-partido ideocrático” (p. x y Cap. 1). Según Linden, este estado-partido soviético asegura que su estructura es monolítica, pero en realidad padece a causa de la política faccional que, según lo estima Linden, es inseparable del gobierno ideocrático.

Aun cuando la “criptopolítica” soviética, para emplear el adecuado epíteto de T.H. Rigby⁷, ha producido muy pocos héroes auténticos, Linden habla de Nikita Krushchév como de un personaje casi heroico. A pesar de las múltiples contradicciones que existieron en las políticas de este exmandatario soviético, Linden le concede calificaciones relativamente altas por haber intentado, cuando menos, mitigar el despotismo y por haber cambiado “el enfoque del partido, de lo ideocrático a funciones administrativas económicas mundanas” (p. xi y Cap. 5). En cambio, este autor considera que Leonid Brezhnev fortaleció los rasgos coercitivos y represivos del sistema soviético con el propósito de reimplantar una relación netamente despótica entre gobernantes y gobernados. No obstante lo anterior, según lo aclara Linden en su tentadora —aunque bastante desarticulada— exposición de “potenciales políticos reprimidos” (Cap. 4), cree que los fundamentos ideocráticos del régimen estarán expuestos a la creciente impugnación de los estratos inferiores, especialmente de las diversas corrientes nacionalistas rusas. “En el futuro no muy lejano”, escribe Linden, el liderazgo soviético tendrá que encarar el severo dilema de elegir entre instituir “un cambio básico en su forma de gobierno” o arriesgarse a “un levantamiento” (p. 158).

* * *

LA MANERA EN QUE EL KREMLIN ha tratado de eludir estas desagradables alternativas, constituye el tema de *Technocratic Socialism*,⁸ cuyos autores son Erik Hoffmann y Robin Laird. Este estudio es el volumen final de una trilogía⁹, y presenta un resumen completo del pensamiento soviético reciente en materia de elaboración de directrices, en la política y el progreso

6 / Carl A. Linden, *Khrushchev and the Soviet Leadership, 1957-1964* (Khrushchev y el liderazgo soviético, 1957-1964), Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1966, págs. 1-9.

7 / T.H. Rigby, “Criptopolítica”, en Frederic J. Fleron, Jr., Comp., *Communist Studies and the Social Sciences* (Estudios comunistas y las ciencias sociales), Chicago, Rand McNally, 1969, págs. 116-28.

8 / Erik P. Hoffmann y Robbin F. Laird, *Technocratic Socialism: The Soviet Union in the Advanced Industrial Era* (Socialismo tecnocrático: la Unión Soviética en una era industrial avanzada), Durham, NC, Duke University Press, 1985.

9 / Los dos volúmenes anteriores fueron *The Politics of Economic Modernization in the Soviet Union* (La política de la modernización económica en la Unión Soviética), Ithaca, NY, Cornell University Press, 1982; y *The Scientific-Technological Revolution and Soviet Foreign Policy* (La revolución científico-tecnológica y la política exterior soviética), Elmsford, NY, Pergamon Press, 1982.

en las condiciones del industrialismo avanzado. Los autores argumentan que el concepto del socialismo “desarrollado” o “maduro”, dado a conocer durante el gobierno de Brezhnev, junto con varios conceptos corolarios referentes a “la revolución científico-tecnológica” y “la administración científica de la sociedad”, integran una característica ideología soviética de la modernización avanzada y, en consecuencia, representan una adaptación pragmática del marxismo-leninismo oficial. Al mismo tiempo, subrayan que el nuevo orden autoritario, al cual denominan “socialismo tecnocrático”, constituye una orientación de la élite máxima que todavía no ha llegado a formar “parte integral de la conducta burocrática o de la cultura política de las masas” (p. 198). Según las pruebas tan asiduamente reunidas y presentadas por Hoffmann y Laird, esa élite siempre ha abrigado profundas reservas ante la posibilidad de instaurar procesos abiertos para la toma de decisiones, de modo que se permita algo siquiera parecido a una auténtica participación de los escalafones inferiores en dichos procedimientos. El resultado de esto es que el intento de los autores, consistente en tamizar los pronunciamientos oficiales para detectar posiciones conservadoras, reformistas y centristas dentro de la élite, se antoja algo artificial. Además, todo eso tiene también a desviar la atención del lector respecto a uno de los argumentos más fundamentales de los autores, a saber, que el objetivo primordial del trabajo teórico soviético ha sido, hasta ahora, idear medios más eficaces para formular y hacer cumplir las políticas desde la cumbre hacia abajo, y para elaborar métodos más refinados de control político sobre la sociedad.

* * *

PASAR DEL ESTUDIO de Hoffmann y Laird —altamente informativo, pero incompleto a fin de cuentas— a los dos libros recientes de Stephen Cohen, equivale a experimentar un gran placer inicial que pronto se torna en zozobra. Tanto *Sovieticus*¹⁰, una colección de comentarios temáticos que fueron publicados en la revista *The Nation*, cuanto *Rethinking the Soviet Experience*¹¹, una disquisición académica más sustancial, están escritos con un ímpetu sostenido. Ambos tomos fueron redactados bajo la loable suposición de que la política y la historia constituyen un solo tema de estudio. Desafortunadamente, tanto las interpretaciones históricas que Cohen se atreve a hacer, como los argumentos políticos que presenta, acusan graves deficiencias.

Presentándose como un revisionista entre los soviólogos, Cohen lanza ataques contra la mayoría de los “conocimientos convencionales” de los académicos más eminentes de esta especialidad. El autor somete a duro juicio la idea académica occidental —y particularmente la estadounidense— acerca del sistema soviético. Esto no significa que él salga en defensa del sistema de la URSS, al menos no defiende ese sistema en la forma que éste ha adop-

10 / Stephen F. Cohen, *Sovieticus: American Perceptions and Soviet Realities* (Sovieticus: concepciones estadounidenses y realidades soviéticas), Nueva York y Londres, Norton, 1985.

11 / Stephen F. Cohen, *Rethinking the Soviet Experience: Politics and History Since 1917* (Reconsideración de la experiencia soviética: política e historia desde 1917), Nueva York, Oxford University Press, 1985.

tado desde que Stalin subió al poder. Sin embargo, aun cuando Cohen percibe los evidentes defectos del sistema, parece creer que casi todo lo que tiene de objetable la experiencia soviética puede achacarse a Occidente. Lo que este autor no reconoce es que el hecho de absolver al gobierno soviético de casi toda responsabilidad sobre su propia conducta en el país y en el extranjero equivale, según lo ha indicado Richard Pipes, a tener un profundo menosprecio por la propia Rusia¹².

¿Qué rumbo habría tomado la historia soviética si Occidente le hubiera demostrado a la URSS una cabal “comprensión”? Cohen, quien también es autor de una biografía muy favorecedora de Nikolay Bukharin¹³, argumenta sistemáticamente sobre la posibilidad de una alternativa no estalinista. Su perspectiva de lo que pudo haber ocurrido se centra en el florecimiento de la Nueva Política Económica (NPE, 1921-1928) que, presuntamente, Bukharin habría preconizado y fomentado hasta que la misma se hubiera desarrollado a tal grado que se hubiera aproximado a un socialismo de mercado en gran escala provisto de un rostro humano. Esta fantasía histórica tiene que ser rebatida, ya sea porque conlleva la opinión de que el leninismo es sustancialmente más abierto y liberal de lo que nos permite creer el cúmulo de pruebas existentes, o porque arguye que “el bolchevismo era más grande y diversificado que Lenin y el leninismo” (*Rethinking the Soviet Experience*).

Sin embargo, ¿qué sería un bolchevismo de tipo no leninista, si tal cosa implica una palmaria contradicción de términos? Además, incluso si aceptáramos la factibilidad de semejante postura en bien de la discusión, ¿habría sido políticamente viable esa eventualidad? Además, ¿habría sido necesariamente Bukharin la persona adecuada para dirigir tal experimento? Por último, ¿una Rusia soviética bukharinista habría progresado inexorablemente hacia el socialismo democrático, aunque desarrollista, que existe en la imaginación de Cohen? Estas son las preguntas que el autor ha eludido deliberadamente porque, en vista de la naturaleza del caso, son imposibles de contestar.

Cohen se muestra intencionalmente equivoco en relación con las perspectivas de cambio en el sistema soviético contemporáneo. Por una parte, vaticina el surgimiento de una “coalición para el cambio”, compuesta de reformadores y conservadores pertenecientes a la élite gobernante. En su opinión, esta coalición obtendría su fuerza de muchas fuentes, incluso de la promesa de la ideología oficial acerca de un futuro mejor y su compromiso para con “la idea misma, la deseabilidad e inexorabilidad del cambio” (*Rethinking the Soviet Experience*, pág. 152). Por si alguien pudiera suponer que un valor tan ostensiblemente significativo bastaría para asegurar el triunfo del reformismo, Cohen —congruente con su idea hasta el final— afir-

12 / Richard Pipes, “Nosotros y ellos”, *The New Republic* (Washington, DC), octubre 14, 1985, pág. 34. Para conocer la réplica de Cohen a Pipes, que parece eludir el argumento de éste en lo que equivaldría a sentir por Rusia “un profundo desprecio”, véase su carta, “Cohen habla de Pipes”, *ibid.*, febrero 3, 1986, pág. 42.
13 / Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938* (Bukharin y la revolución bolchevique: biografía política, 1888-1938), Nueva York, Alfred Knopf, 1973.

ma que la reforma será una causa perdida a menos que el Occidente adopte políticas conciliatorias hacia la Unión Soviética. Por supuesto, esto tampoco se evidencia por sí mismo ni es demostrable. De hecho, las relaciones competitivas Este-Oeste, y quizá también las tensiones o crisis que tanto deplora Cohen, pueden llegar a constituir un incentivo mucho más poderoso para la reforma interna soviética que la distensión que él defiende. En todo caso, sería tonto que Occidente sacrificara sus intereses legítimos en aras de la búsqueda quimérica de un cambio interno en la Unión Soviética sobre el cual, con el debido respeto al profesor Cohen, jamás podría aspirar a ejercer una influencia decisiva.

UN ENFOQUE MUCHO MAS refinado de las cuestiones básicas que entraña el cambio del sistema soviético, nos lo proporciona Timothy Colton en *The Dilemma of Reform in the Soviet Union*¹⁴. Este libro pequeño, que induce a la reflexión y que fue concebido como un “ensayo” dirigido al “audiitorio general”, consigue repasar el legado del periodo de Brezhnev, diagnosticar las afecciones del sistema soviético, examinar a la élite gobernante que hoy está surgiendo, explorar varias opciones de cambio y considerar la relación entre los asuntos externos y la política interna, y todo esto lo realiza en tan sólo 100 páginas. Aunque admirablemente conciso, el estudio de Colton está lleno de observaciones agudas y sus argumentos son siempre tan sólidos que ningún resumen breve puede sustituir la lectura efectiva del propio texto. Baste señalar que Colton prevé que el Kremlin optará por el sendero de la “reforma moderada”, al cual define el autor como “una estrategia de cambio controlado, en un término entre la reforma radical y la mínima. Su centro focal serán las políticas y los instrumentos necesarios para llevar a cabo el cambio, no así en las instituciones ni en las creencias básicas. Por tanto, se tratará de bastante menos que una reforma radical. No obstante, a diferencia de la reforma mínima, el cambio en cuestión implicará un desafío para algunos grupos establecidos y, en consecuencia, provocará controversias y conflictos”. (pág. 63).

Según parece, esa predicción resultó notablemente acertada. El nuevo liderazgo del Kremlin, que asumió el poder en fecha posterior a la redacción de las palabras antes citadas y que está encabezado por Gorbachëv, parece inclinarse precisamente hacia el derrotero vaticinado por Colton. No hemos visto todavía si las limitadas iniciativas emprendidas hasta ahora por este gobierno desembocarán en medidas de más amplio alcance y si producirán los resultados apetecidos. Colton pronostica consecuencias potencialmente calamitosas en caso de que las fuerzas conservadoras resurjan para obstaculizar el cambio o, según palabras del autor, si “las chapuceras reformas acaban por fracasar” (pág. 79).

Si tal es el caso, ¿está la Unión Soviética al borde de una crisis existencial? Resulta claro que Besancon y Linden, así como otros observadores,

14 / Timothy J. Colton, *The Dilemma of Reform in the Soviet Union* (El dilema de la reforma en la Unión Soviética). Nueva York, Council on Foreign Relations, 1984.

consideran muy probable que así sea¹⁵. Por su parte, Colton alude a la posibilidad de una "crisis de legitimidad" en los años noventa en caso de que llegue a fracasar la "reforma moderada", pero rechaza la tesis de que la supervivencia misma del sistema soviético esté actualmente en juego, y lanza la advertencia de que no se deben menospreciar los recursos con que cuentan los gobernantes ni exagerar los problemas que ellos encaran. En su larga lista —que en modo alguno es exhaustiva— de las afecciones soviéticas, Colton señala el marcado estancamiento económico como la fuente más probable de problemas graves a largo plazo. En el otro lado de la hoja de balance, este autor nos pone de relieve características tales como el estado inerte en que se encuentran ahora la sociedad, el orgullo patriótico y otras cosas por el estilo, llamando especialmente nuestra atención hacia el arraigado poder de la élite gobernante y la compleja red de controles que ella dirige. "Aunque algunos controles pueden modificarse", asegura el autor, "ningún dirigente soviético actual o (del futuro) previsible se atreverá a hacer experimentos con el credo autoritario fundamental del leninismo" (pág. 59)¹⁶.

En realidad, esto es precisamente lo irritante. Visto en retrospectiva, el leninismo tiene que clasificarse, con toda seguridad, como una de las fuerzas ideológico-políticas más poderosas y duraderas del siglo XX. Ese sistema no tiene rival como técnica para la obtención del poder y el mantenimiento del control en las regiones atrasadas del mundo. Tampoco es posible superar su demostrada capacidad para fomentar la movilización social e institucionalizar simultáneamente el aspecto político, lo cual le permite escapar del deterioro prematuro del poder, a diferencia de lo que ocurre habitualmente en otros regímenes revolucionarios¹⁷.

Al final de cuentas, el leninismo ha resultado ser notablemente venturoso en la aplicación de su peculiarísima estrategia de "desarrollo políticamente impuesto"¹⁸. Sin embargo, ¿podría ajustarse también el leninismo a las consecuencias no intencionales de eso que él mismo ha forjado? ¿Podrá encarar eficazmente los desafíos políticos fundamentales, planteados por acontecimientos novedosos que trascienden los alcances conceptuales de su *Weltanschauung* estrecha de miras? Las probabilidades en contra de la indispensable transformación mágica de la teoría y la práctica leninistas parecen ser poco menos que abrumadoras.

15/Véase, por ejemplo, Ernst Kux, "Contradicciones del socialismo soviético", *Problemas Internacionales*, noviembre-diciembre 1984, págs. 1-27, y R.V. Burks, "La crisis venidera en la Unión Soviética", en Morton A. Kaplan y Alexander Shtromas, Comps., *The Prospects for Transformation in the Soviet Union* (Las perspectivas de transformación en la Unión Soviética), Nueva York, Professors World Peace Academy, de próxima aparición. Burks argumenta que "las posibilidades de que se derrumbe el sistema de la Unión Soviética durante los próximos cinco o diez años son, probablemente, mayores que nunca".

16/En sus advertencias contra los pensamientos occidentales demasiado optimistas en torno a Gorbachév, el astuto columnista George F. Will explicó recientemente que "todo dirigente soviético ha sido escrupulosamente curtido dentro de la ideología que le ha conferido legitimidad", "Abolición del siglo XX", *Newsweek* (Nueva York), diciembre 9, 1985, pág. 104.

17/Un análisis germinal de estas cuestiones fue presentado por vez primera por Samuel P. Huntington en "Desarrollo político y decadencia política", *World Politics* (Princeton, NJ), abril, 1965, págs. 386-430.

18/Véase Richard Lowenthal, "Desarrollo vs. Utopía en la política comunista", en Chalmers Johnson, Comp., *Change in Communist Systems* (El cambio en los sistemas comunistas), Stanford, Stanford University Press, 1970.

Consideremos, en el primer caso, la concepción elitista del leninismo acerca del "centralismo democrático" y la política de mando administrativo que ella ha engendrado. Esta última ha provocado la proliferación de la *nomenklatura*, un monstruoso laberinto de predilecciones, favoritismos y privilegios. Sus beneficiarios, que ahora totalizan varios millones de personas, constituyen algo así como una clase en sí misma, que manifiesta un sentimiento altamente desarrollado en lo tocante a sus intereses creados y en materia de autoconservación¹⁹. Una cosa es que Gorbachév sustituya a los gerontócratas de máximo nivel de la época de Brezhnev o que elimine a los individuos incompetentes en toda la escala jerárquica, y otra muy diferente que un líder soviético corte de tajo la totalidad de la excrecencia burocrática. Después de todo, la *nomenklatura* es un factor clave que contribuye a la estabilidad del régimen, a un cuando constituye también un elemento importante del estancamiento del sistema.

Las reformas que podrían llevar a la postre a un relajamiento de los controles a fin de introducir cierta dosis de participación popular auténtica— y ya no digamos una mercantilización, concebida con amplitud, de la economía soviética— representan un problema algo diferente, aunque relacionado con todo lo anterior. Linden nos recuerda que el leninismo no ofrece "conocimientos prácticos" sobre la forma de delimitar, reintegrar o distribuir el poder. En realidad, todos sus intrínsecos reflejos antidemocráticos, que se arraigan en la profunda desconfianza de Lenin hacia las masas y que se refuerzan por el monopolio que el partido-estado soviético ha ejercido celosamente sobre los múltiples prerrequisitos del poder, militan en contra de la posibilidad misma de dicho cambio. Como si eso no fuera suficiente, encontramos también el factor representado por el medio ambiente cultural del leninismo. Contrariamente a la opinión de Besancon, la sicología del leninismo está profundamente incorporada a la experiencia histórica rusa, a través de los mismos milenios, y conjura infaliblemente el espectro de la anarquía ante la menor sugerencia de disminuir la autoridad centralizada.

En último término, pero de ninguna manera menos importante, está la cuestión de la "revolución científico-tecnológica". Es difícil estar de acuerdo con Hoffmann y Laird en cuanto a que el sistema soviético haya conseguido dominar con éxito sus imperativos. Indudablemente, a los dirigentes soviéticos les agradaría tomar en préstamo ciertos aspectos seleccionados de la tecnología avanzada para dedicarlos a sus propios propósitos especiales, es decir, para encontrar mejores métodos de planificación, administración y control político". En otras palabras, nada le agradaría más al Kremlin que modernizar al leninismo. Pese a ello, sus aspiraciones a este respecto parecen estar condenadas a la desilusión. A pesar de la pesadilla orwelliana de

19/Para conocer la opinión de primera mano de alguien que perteneció al círculo interno del sistema de la *nomenklatura*, véase Mikhail Voslensky, *Nomenklatura: Gospodstvuyushchij klass Sovetskogo Soyuzo*, Londres, Overseas Publications, 1984. La reciente traducción del informativo y penetrante libro de Voslensky al inglés, publicada por Doubleday con el título de *Nomenklatura: The Soviet Ruling Class* (Nomenklatura: la clase gobernante soviética), proviene de la edición en alemán y contiene muchas interpretaciones falseadas de la terminología política soviética. Véase la exposición del libro de Voslensky por Peter Reddaway, "Más igual que los demás", *The New Republic*, diciembre 2, 1985, págs. 28-31.

un totalitarismo tecnologizado, la “tercera revolución industrial” puede fortalecer en realidad el ámbito de la libertad. Independientemente de lo que pueda suceder, la tecnología avanzada, particularmente la revolución de la computadora y la explosión concomitante de la informática, amenaza con hacer estallar las ataduras del leninismo. Al parecer, los líderes soviéticos conocen demasiado bien este hecho; el conflicto resultante es un factor significativo que ha contribuido al creciente retraso tecnológico de la Unión Soviética frente a Occidente.

En último análisis, el meollo mismo del dilema del cambio en la Unión Soviética lo constituye la relación entre leninismo y legitimidad. Por una parte, los cambios que se estiman esenciales para la supervivencia del sistema soviético a largo plazo, resultan improbables si no son desechados los preceptos leninistas más cruciales. Por otra resulta obvio que el hecho mismo de descartar los fundamentos doctrinarios del leninismo socavaría las pretensiones de legitimidad del partido-estado soviético. En cualquier caso, tal parece que la última etapa del leninismo ya está cercana. Su papel histórico en el panorama soviético está casi agotado y es probable que el leninismo, en el siglo XXI, sea imposible de encontrar en alguna de sus modalidades actualmente reconocidas. Considerando el precio humano que se ha cobrado en su nombre en el curso del presente siglo, la inminente extinción del leninismo, cuando ocurra, no habrá de provocar lamentaciones.

Problemas Internacionales. Vol. XXXV, No. 1.